

El agua de la vida

De los hermanos Grimm

Había una vez un Rey que estaba enfermo y nadie creía que pudiera curarse. Pero tenía tres hijos que apesadumbrados salieron al jardín del castillo a llorar. Encontráronse allí con un anciano, que les preguntó por el motivo de su tristeza. Le dijeron que su padre estaba tan enfermo y no tardaría en morir pues nada le ayudaba. El anciano les dijo:

- Yo se de un remedio: ese es el agua de la vida. Quien bebe de ella se sanará de nuevo, solo que es difícil encontrarla.

El mayor dijo:

- Yo quiero encontrarla - y se dirigió al Rey doliente, le pidió permiso para partir y buscar el agua de la vida, pues solo ésta será capaz de curarlo.
- No – dijo el Rey, el peligro es demasiado grande. Prefiero morir.

Pero el hijo insistió con tanta vehemencia, que al fin el Rey cedió. Pensaba el príncipe en su corazón: “si vuelvo con el agua, seré el favorito de mi padre y heredaré el reino entero.”

Púsose pues en camino y, al cabo de algún tiempo de haber cabalgado, salióle al paso un enano que lo llamó y le dijo:

- ¿Adónde vas tan de prisa?
- Enanito estúpido – dijo el príncipe altanero – eso es cosa que no te importa- y siguió su camino.

El hombrecillo se enojó y le lanzó una maldición. Poco después, el príncipe entró en una garganta entre las montañas, y cuanto más se adentraba en ella, más se estrechaban las montañas a ambos lados hasta que el camino se hizo tan angosto que el príncipe no pudo dar ni un paso más, y no era posible tampoco dar la vuelta al caballo, quedando allí aprisionado sin poder bajarse. El Rey enfermo estuvo aguardándolo por un largo tiempo, pero él no llegaba. Entonces el segundo hijo le dijo:

- Padre, déjame a mí salir en busca del agua de la vida- mientras pensaba” Si mi hermano ha muerto, el reino será para mí”. Al principio el Rey no quería dejarlo partir, pero acabó cediendo.

Siguió el príncipe el mismo camino que había tomado su hermano y se encontró también con el enano, que lo detuvo y le preguntó adónde quería ir con tanta prisa.

- Hombrecillo insignificante- dijo el príncipe- eso es cosa que no te importa- y se fue cabalgando sin mirar hacia atrás.

Pero éste lo maldijo también. Terminando como su hermano en una estrecha garganta donde no pudo ir hacia adelante, ni hacia atrás, Eso les pasa a los soberbios.

Ya que el segundo quedó afuera, ofrecióse el más joven a partir en busca del agua, y el Rey hubo de dejarlo partir en fin. Al encontrarse con el enano, y al preguntarle a dónde iba con tanta prisa, se detuvo y le respondió:

- Yo busco el agua de la vida, pues mi padre está enfermo, por morir.
- ¿Ya sabes dónde encontrarla?
- No - respondió el príncipe.
- Ya que te has mostrado cortés conmigo, y no con soberbia como tus desleales hermano, te mostraré dónde encontrar el agua de la vida. Ésta brota de una fuente en el patio del castillo encantado, pero tú no deberás entrar si yo antes no te doy una varilla de hierro y dos panecillos. Con la vara golpearás tres veces el portal de hierro del castillo. Así se abrirá; dentro hay dos leones recostados que abren sus fauces; si les arrojas un pan a cada uno se apaciguarán. Corre entonces y busca el agua de la vida antes de que toquen las doce, sino se cerrará la puerta y quedarás encerrado.

El príncipe dio las gracias, tomando la varilla y los panecillos púsose en camino. Y cuando llegó todo sucedió como le anunciara el enano. El portal se abrió al tercer golpe con la vara, y una vez que hubo amansado a los leones echándoles el pan, entró en el castillo y llegó a una grande y hermosa sala donde se encontraban sentados príncipes encantados, a

quienes les quitó los anillos del dedo, llevándose también una espada y un pan que allí encontró. Pasó luego a otro aposento, allí había una hermosa doncella parada, que mostró gran alegría al verlo, y que besándolo, le dijo que la había desencantado, por lo cual le daría todo su reino; si volvía a buscarla dentro de un año celebrarían su boda. Díjole también donde estaba la fuente con el agua de la vida, advirtiéndole que debía retirarse antes de la doce. Siguió caminando, y llegó finalmente a un aposento donde había una hermosa cama recién tendida y por sentirse fatigado quería descansar un poco, se acostó y se durmió. Cuando despertó estaba dando las doce menos cuarto, asustado dio un salto, corrió a la fuente, se sirvió con un pocillo, y se fue a toda prisa. En el mismo momento en que sonaban las campanadas de las doce, cruzaba el portal de hierro, cerrándose bruscamente, y arrancó un pedazo de su talón. Pero contento de tener el agua de la vida emprendió el camino de regreso, pasando por donde estaba el enano. Al ver éste la espada y el pan, dijo:

- Con estos has ganado algo muy valioso: la espada te servirá para vencer a ejércitos enteros, el pan nunca se acabará.

El príncipe no quería regresar sin sus hermanos, y le dijo:

- Querido enano. ¿no me dirías dónde se hallan mis dos hermanos? Partieron antes que yo en busca del agua de la vida, y no regresaron más.
- Están atrapados entre dos montañas - dijo el enano – Los condené a estar allí como castigo por su arrogancia.

Rogóle el príncipe tan insistentemente que, al fin, el enano los liberó, pero le advirtió:

- Guárdate de ellos, que llevan maldad en su corazón.

Al llegar sus hermanos, él se alegró y les contó cuanto le había sucedido: que había encontrado el agua de la vida, de la cual traía un pocillo lleno, y que había desencantado a una bella princesa que debía ir a buscar dentro de un año para casarse con ella y recibir un gran reino. Partieron luego los tres juntos y llegaron a un país azotado por el hambre y la guerra, cuyo rey lo daba ya todo por perdido, tanta era la necesidad. El príncipe le dio el

pan con el que pudo alimentar y saciar a todo su pueblo. Luego él le dio la espada, y gracias a ella fueron derrotados los ejércitos enemigos y el país pudo vivir en paz y tranquilidad. Recogiendo el príncipe su pan y su espada siguió cabalgando. Pero llegaron a otros dos países, azotados también por el hambre y la guerra, y allí el príncipe le dio al rey cada vez, su pan y su espada. De este modo, el joven príncipe había salvado a tres reinos, Luego se sentaron dentro de una barca y salieron al mar. Durante la travesía, los dos mayores se dijeron:

- Nuestro hermano menor ha encontrado el agua de la vida, y nosotros no: nuestro padre le dará a cambio el reino, que nos pertenece, y él nos quitará la felicidad - Y sedientos de venganza, se conjuraron para acabar con él. Esperando a que estuviese dormido, le cambiaron el agua de la vida con el pocillo, con la que ellos se quedaron, por agua amarga del mar.

Al llegar a la casa, el menor llevó al Rey enfermo del pocillo para que al beber de ella, se curase; pero no bien el Rey enfermo hubo probado la amarga agua de mar, púsose más enfermo que antes. Y al oír que se quejaba, entrando los dos hijos mayores, acusaron a su hermano de haber tratado de envenenarlo y le sirvieron el agua de la vida verdadera. Apenas la hubo bebido, sintió que su dolencia desaparecía y que recuperaba la salud, quedando fuerte y vigoroso como en su juventud. Saliendo los dos mayores al encuentro del menor, burlándose de él, le dijeron:

- Cierto que fuiste tú quien encontró el agua de la vida; pero has cargado con el esfuerzo y nosotros con la recompensa. Tenías que haber sido más listo y mantener los ojos abiertos; te la quitamos en el barco mientras dormías y, dentro de un año, uno de nosotros te quitará también a la bella princesa. Pero cuídate muy bien de delatarnos, nuestro padre no te creerá, y si dices una sola palabra te costará la vida; pero si callas, te la otorgaremos.

El anciano Rey guardaba rencor a su hijo tercero, creyendo que había tratado de atentar contra su vida. Mandó reunir la Corte y fue dictada la sentencia por la que el príncipe debía ser muerto con la escopeta, secretamente. Hallándose el príncipe un día de caza sin sospechar nada

malo, lo acompañó el cazador del Rey. Al llegar al bosque, solos los dos, notó el príncipe que el cazador estaba triste y le preguntó:

- Querido cazador ¿Qué te falta?
- No puedo decírtelo y sin embargo, debería hacerlo.

El príncipe dijo:

- Dime lo que sea; te perdonaré.
- Ay, yo debería mataros de un tiro, el Rey me ha dado la orden – dijo el cazador-

Asustóse el príncipe y le dijo:

- Mi buen cazador, déjame vivir. Te daré entonces mi vestido real, y tú dame el tuyo, pobre.
- Lo haré gustoso – dijo el cazador- de ningún modo hubiera podido disparar contra vos.

Intercambiaron los vestidos, y el cazador se marchó a su casa mientras el príncipe se internaba en el bosque.

Transcurrido algún tiempo, llegaron a la Corte del anciano Rey, tres carruajes cargados de oro y de piedras preciosas para el príncipe menor. Enviábanlos los tres reyes que, con la espada y el pan habían derrotado a los enemigos y alimentado a sus respectivos pueblos. Pensó entonces el anciano Rey: “ ¿Y si mi hijo fuera inocente?, y dijo a los que los rodeaban:

- Ojalá volviera. Cómo lamento el haber ordenado darle muerte,
- Vive aún - dijo el cazador- Yo no pude cumplir con vuestra orden, mi corazón no me lo permitió- y le relató al Rey cómo habían ocurrido las cosas. El Rey sintióse muy aliviado y dio orden de pregonar por todo el reino que su hijo podía volver al castillo, donde sería recibido con gracia.

La doncella vírgen mandó construir un camino desde su castillo, todo de oro brillante, y dijo a sus cortesanos que quien llegase por este directamente, sería su verdadero prometido; debían dejarle el paso libre. Pero el que viniese por caminos laterales sería un impostor y debían cerrarle el acceso al castillo. Al cumplirse el tiempo, pensó el mayor que

debía darse prisa en dirigirse al castillo de la princesa y presentarse como su salvador; se casaría con ella y recibiría el reino vecino. Entonces salió cabalgando, y al acercarse al castillo, viendo el hermoso camino de oro, pensó: “ Sería una lástima cabalgar sobre este camino”, y desviándose, tomó por un camino del lado derecho. Mas al llegar frente al portal, dijéronle los guardas que, no siendo el príncipe verdadero, debía volverse.

Poco después partió el segundo, y al llegar al camino de oro y cuando el caballo ya había puesto el pie sobre este, pensó: “Sería una lástima, podría desgastarlo”, y tomó por la izquierda. En el portal rechazáronlo los guardias, diciéndole que no era el elegido, y que se volviese. Y cuando ya hubo transcurrido un año entero, el hermano tercero se dispuso a abandonar el bosque y trasladarse al castillo de su amada, donde sus penas podían ser olvidadas- Púsose en camino, y tan absorto iba pensando en su prometida, que ni siquiera reparó en que el camino era de oro, y su caballo siguió por el medio del camino, Y al llegar al portal, le abrieron en seguida; la princesa lo recibió con grandes muestras de alegría, diciendo que era su salvador y señor del reino, y celebróse la boda con gran regocijo. Cuando estuvieron casados, contóle la princesa que su padre había enviado mensajeros para comunicarle su perdón. Se dirigió entonces a su castillo y le contó al anciano Rey el engaño de que lo habían hecho víctima sus hermanos y acerca del cual le habían obligado a callar. El anciano Rey quiso castigarlos, pero ellos ya se habían fugado, haciéndose a la mar en un barco, y jamás regresaron.